

nantes, cabría señalar una tercera, la de la antipoesía, cuyo máximo exponente es Nicanor Parra, la cual, por un lado incorpora una cierta línea tradicional (neopopularismo, lenguaje conversacional) pero por otro recupera la vanguardia en sus planteamientos más modernizadores (desacralización del arte, anti-retoricismo, antiheroísmo del personaje poético).

De todas formas, y a modo de conclusión, las últimas líneas de la introducción confirman que en los últimos años hay en Hispanoamérica una vía de puertas abiertas, de espacios en formación, donde el poema admite todas las posibilidades. Ya no se trata de fundar una nueva poesía, como en el principio del siglo, sino de presentar a un sujeto poético corriente, un «humilde hijo de vecino», en un acto de ironía radical, «intentando así un diálogo, que se presume más fructífero, entre el legítimo derecho del ser humano a ser feliz y los imponderables constantes que la azarosa realidad siembra a su paso». (32)

La obra de Álvaro Salvador consigue así un doble propósito: aclarar el panorama poético de este abigarrado fin de siglo hispanamericano y dar a conocer en España la poesía de los autores que han protagonizado el proceso de maduración de una cultura poética, que quedó esbozada y allanada por los fundadores de la poesía hispanoamericana de princi-

pio de siglo, y que está recogiendo sus frutos en obras como las que aquí se presentan.

Ángel Esteban

Los fragmentos personales, Osías Stutman, Olifante, Zaragoza, 1998

Osías Stutman escribía poesía de joven, en Buenos Aires, al tiempo que estudiaba medicina. En 1961, la *Antología de Poesía Nueva en la República Argentina* recogía, junto a los de Alejandra Pizarnik o Juan Gelman, 22 poemas suyos. En 1965 se exilia en Estados Unidos y deja de escribir para dedicarse a su profesión de inmunólogo, en la que alcanza un prestigio impresionante. A principios de los 90 retoma la poesía y empieza a publicar en numerosas revistas. Son los poemas de estos años los que componen este *Los Fragmentos Personales*, Premio «Editorial Anthropos de Poesía» en 1995.

Es poesía la suya como de otra época, repleta de sitios fascinantes como lo están las pinturas orientalistas o la literatura romántica y de aventuras improbables propias de libros de aventuras decimonónicos. Stutman, como Maqroll, viaja sólo a lugares con nombres evocadores, de esos que nos resuenan siempre en la memoria aunque no sepamos muy bien dónde están o si de ver-

dad existen siquiera; son lugares para ser sólo leídos y pronunciados: el Volga, Borneo, India, Madagascar, Nijni-Novgorod, Estambul, El Havre, *El suelo vienés de Praga oculta*, *La antigua ciudad de Lisboa*, el Mar Caribe.

Sus personajes no son menos desmesurados: beréberes, cosacos, armenios, la esclava de Griselda y la Malinche; las rumberas María Antonieta Pons y Ninón Sevilla; *Monjas a caballo, al galope fuerte*; San Martín, Durero, Byron, Rimbaud en Abisinia, Lezama, *Proust, blando, envejecido, en Inglaterra donde nunca estuvo, escribiendo con una pluma de oro, en la boca; una esclava rubia, de dientes perfectos, italiana, robada por piratas, amante de Don Juan*. Tampoco sus mujeres son de las que uno se encuentra normalmente, sino mujeres míticas, damas de alcurnia, rusas blancas, haitianas de piel azabache y tersura de mármol, circasianas bárbaras; mujeres inquietantes como la *mujer ballena mamífera de los océanos* o la *mujer que es león y egipcia y médico y ninfa cortesana, un navío de tres palos navegando en sus cabellos de oro falso*. Quién sabe si como un anclaje a la realidad, el Stutman médico, obsesionado quizá todavía por la anatomía, no se olvida de hacernos minuciosas e inquietantes descripciones anatómicas: *la rodilla junto a la nuez de Adán, las manos tensas; muslos como la espalda de un niño*

malayo; los tobillos fulgurantes en su tensa posición; senos como puños retorcidos, casi sin movimiento.

El lenguaje de Stutman es rico y preciosista, culturalista sin excesos, abundante en ironías, guiños al lector, retruécanos, aliteraciones y juegos de palabras en varios idiomas. «Los fragmentos personales» es en definitiva una rara combinación de realismo casi científico e invención borgiana y un encuentro con un ejemplo inclasificable de poesía que le viene muy bien a un panorama poético español demasiado dado a las clasificaciones.

José Antonio de Ory

Pensar América. Cosmovisión mesoamericana y andina, Antonio Garrido Aranda (comp.), Córdoba, CajaSur Ayuntamiento de Montilla, 1997, 359 pp.

Esta suma de ponencias de las «VI Jornadas Inca Garcilaso», dedicadas a los grandes americanistas María Rostworowski y José Alcina Franch, se abre en su primera parte («Cosmovisión mesoamericana», 8 trabajos) con «Tras un método de estudio comparativo entre las cosmovisiones mesoamericana y andina a partir de sus mitologías», de A. López Austin; el autor propone incentivar ese tipo de estudio comparativo de la cultura no material

que, aunque no permita inferir la existencia de contactos en el sentido del viejo difusionismo, permitirá estudiar las razones de las semejanzas y diferencias entre ambas tradiciones; la aportación concreta del conocido estudioso mexicano es un método de análisis del contenido cosmológico de las mitologías, que ya ha utilizado en publicaciones anteriores y resume en la presente.

Muy valioso es «Autóctonos y recién llegados en el pensamiento mesoamericano»: partiendo de ejemplos mexicas, toltecas y chiqués, M. Graulich estudia el tema de los migrantes (guerreros cazadores, sobrios y pobres pero valientes, asociados al fuego, el águila, el maíz y el sol) que vencen a los autóctonos (agricultores poderosos y cultos, lujuriosos y ricos pero cobardes, asociados al jaguar, el mono, la lluvia y el trueno, la muerte y el inframundo, la tierra, la luna y Venus). Dicho tema está relacionado con el del hermano menor que supera al mayor (por ej. en el *Popol Vuh*). Ambos temas existen en numerosas culturas del mundo, bien visibles por ejemplo en la Biblia. Característico de Mesoamérica es el hecho de que recién llegados y autóctonos (Huitzilopóchtli y Tláloc) acaben por unirse. La glorificación del menor y del recién llegado, sin embargo, resulta extraña en sociedades en las cuales el orgullo de querer igualarse a los mayores es la infracción por excelencia; podría

tratarse de una justificación *a posteriori* de las guerras de usurpación (tanto las de conquista como las que interrumpían una sucesión dinástica).

M. Gutiérrez Estévez trata de la «Cosmovisión y sistema ético de los 'mayeros' de Yucatán», es decir, de los macehuales o mestizos que hablan maya; de esta manera se los distingue tanto de los hispanohablantes como de los mayas, entendiéndose por estos últimos los antiguos constructores de «cuyos» (templos, palacios y pirámides mayas). «Los 'mayeros' piensan que los 'mayas' formaron parte de un mundo y de una humanidad anteriores que fueron destruidos por un diluvio.» (182) Creen que cerca de los suyos hay «aluxes», enanos algo malévolos, hechos de barro, que viven en cuevas y, si se los alimenta, protegen los sembradíos. Estos aluxes son los ídolos de barro del tiempo de los mayas. También dan a los hechiceros el cristal o piedra traslúcida con que éstos adquieren y ejercen sus poderes. Las ruinas de Uxmal están vigiladas por X-Kukikán, la gran serpiente alada que produce a veces un viento causante de graves enfermedades; es el doble maligno del enano de Uxmal, el antiguo Kukulcán, héroe civilizador mesoamericano. Rasgos simétricamente opuestos tiene Jesús, cuya historia canónica han transformado los mayeros en una persecución en la cual Jesús se comporta

como otro héroe civilizador: no lega enseñanzas morales sino secretos técnicos y escatológicos. Esto último consiste concretamente en creer que el mundo actual terminará por el fuego, así como el anterior fue destruido por el agua. En el Juicio Final todo el mundo se enfrentará a Jesús y X-Kukicán (el Anticristo): quienes hayan ejercido autoridad con justicia se salvarán; los que no, serán tragados por X-Kukicán; los macehuales serán torturados por X-Kukicán: si resisten sin renegar de Jesús, se salvarán; de lo contrario se condenarán. Pero en vida no necesitan decidirse: de hecho veneran a la divinidad antigua para que proteja sus sembradíos, y a la nueva cristiana para que proteja su orden familiar y social. Ahora bien: «ninguna de estas acciones rituales exige un compromiso íntimo, sólo mantener las formas. Porque ésta es la cuestión básica, el pilar de todo el sistema ético: la forma, el respeto. También en su trato con los demás hombres, el mayero ha de extremar el cuidado por las formas de la relación.» (193).

La segunda parte del libro («Cosmovisión andina», 7 trabajos) se inicia con un «Breve ensayo sobre el universo religioso andino». En él M. Rostworowski introduce una división fundamental ya habitual en otras mitologías como las europeas clásicas (por una parte los dioses mayores y, por otra, los menores

con rasgos de héroes) pero con características especiales en la sudamericana: «Con los dioses menores la visión adquiere una realidad verdaderamente andina; ellos por su poca relevancia no fueron motivo de intromisión eclesiástica.» (202) La autora, sin embargo, no dedica a los héroes mitológicos más que una docena de líneas: se trata, en todos los casos (Rostworowski habla de «algunos» pero no menciona ninguno de otra categoría), de jefes étnicos históricos que sufrieron un proceso de mitologización. Mucho más importante, en mi opinión, es el análisis que hace la autora de las deidades femeninas: «En la mitología andina encontramos una persistente ausencia u omisión de la figura paterna, hecho que transforma la tríada de padre, madre e hijo en un binomio de madre/hijo. Por último constatamos que las parejas divinas curiosamente no forman parejas conyugales, sino [que] más bien persiste el rasgo general de hermano/hermana y de madre/hijo.» (202) Falta aquí, sin embargo, un intento de explicar este fenómeno. La autora concluye con una referencia comparativa (Mesoamérica / Andes) al sincretismo religioso.

Según R. T. Zuidema en «Cosmovisión inca y astronomía en el Cuzco: nuevo año agrícola y sucesión real» (importante pero plagado de anglicismos y pésimamente redactado), los incas no dividían el espacio según las direcciones cardi-